

CAFTA: el tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Centroamérica Una oportunidad para el desarrollo democrático en peligro*

Las negociaciones del tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Centroamérica (*CAFTA*) están en sus etapas finales. El comercio regulado es muy importante para los países de la región. Estados Unidos es de lejos el principal socio comercial de Centroamérica y es crucial para nosotros que se fijen reglas adecuadas y predecibles, que apoyen nuestro acceso a este mercado. Además, si este tratado ayuda al crecimiento económico, como se ha prometido, el comercio dentro de Centroamérica aumentará, mientras que los problemas sociales serán, al menos parcialmente, superados.

Asimismo, el desarrollo de Centroamérica es importante para Estados Unidos. La región da cuenta de una importante parte de la emigración hacia Estados Unidos. La pobreza y la falta de oportunidades de empleo explican el creciente número de trabajadores, que tratan de llegar a Estados Unidos, en forma legal e ilegal. Al mismo tiempo, Centroamérica es un puente potencial para la violencia y las drogas, desde Colombia a América del Norte. Nuestro desarrollo garantizaría que, en vez de un puente, se levante una muralla para que estos demonios no avancen, mientras los colombianos luchan por erradicar estos problemas, causados por una minoría de su población.

1. CAFTA: una herramienta de desarrollo para Centroamérica

El tratado cumplirá sus expectativas, tanto para Centroamérica como para Estados Unidos, si los negociadores se aseguran que sea una herramienta de desarrollo para Centroamérica. Por ejemplo, si el resultado de *CAFTA* es expandir el *mercado agrícola* de Estados Unidos, el desempleo rural y la pobreza de Centroamérica aumentarán, como también aumentará el flujo de trabajadores hacia ese país. Además, la pobreza reduciría la oportunidad del costo del tráfico de drogas y haría que Centroamérica volviera a su reciente pasado de violencia política. Los problemas de seguridad deteriorarían la calidad de vida de todos y no sólo de los estadounidenses y sus inversiones en la región.

Los negociadores estadounidenses están presionando por una apertura del mercado centroamericano a sus productos agrícolas sin comprometerse a eliminar sus políticas de apoyo a la agricultura. Por lo tanto, los productos agrícolas estadounidenses penetrarán, en esas circunstancias, en los mercados centroamericanos y eliminarán miles de empleos.

Lo mismo ocurrirá si los *derechos de propiedad intelectual* fueran garantizados por períodos más lar-

* Comentario elaborado por Ottón Solís, economista, ex ministro de planificación, ex diputado y ex candidato a la presidencia de Costa Rica.

gos a los acordados por la Organización Mundial de Comercio. Cualquier aumento en el costo de los medicamentos o en los insumos agrícolas aumentará la pobreza. Por lo visto, los negociadores estadounidenses presionan para extender las rentas de los monopolios sobre la base de la propiedad intelectual. Si Estados Unidos consigue que sus demandas sean aceptadas por los negociadores centroamericanos, los costos de la salud y los costos agrícolas experimentarán un aumento drástico e inaguantable. Las ventajas del desarrollo tecnológico mundial de un sistema establecido de forma apropiada para proteger los derechos de la propiedad intelectual son reconocidas de manera universal, pero no hasta el punto de empeorar la promoción de la salud local y las innovaciones tecnológicas a un costo menor.

Los problemas geopolíticos percibidos por Estados Unidos, originados en la región, durante la década de los ochenta, lo llevaron a conceder muchas concesiones comerciales unilaterales (la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, *CBI*) a las democracias de Centroamérica y del Caribe. La Cuba de Castro y la Nicaragua sandinista fueron excluidas. Hoy en día, un país como Costa Rica exporta 1.2 mil millones de dólares (el 20 por ciento de todas exportaciones al mundo) dentro de dicho marco y de una subsiguiente concesión de acceso al mercado (*CBEPA*). Si Estados Unidos trata de usar estas concesiones como un sistema de palancas en las negociaciones actuales, su lealtad hacia sus socios, que tuvieron un papel importante en el período más difícil de la guerra fría, se vuelve dudosa.

Estados Unidos está eliminando, de hecho, el libre comercio de aquellos productos claves que han recibido un trato preferencial con *CBI*, *CBEPA* y *GSP*, en las negociaciones. Para sorpresa de la mayoría de los interesados en *CAFTA*, esta increíble amenaza se concreta en las etapas finales de las negociaciones. Los centroamericanos más optimistas están convencidos de que Estados Unidos está buscando objetivos en otras áreas. Si este fuera el caso, la estrategia es muy contraproducente, ya que ha originado dudas, preocupaciones y rabia, en las mentes y los corazones de quienes han estado muy comprometidos con el tratado de libre comercio.

Otra preocupación, en este caso, en el sector industrial centroamericano, tiene que ver con los objetivos de Estados Unidos en relación con las *reglas de origen*. Las empresas textiles y de acero, entre otras, se sienten amenazadas porque los negociadores estadounidenses estén pidiendo márgenes de va-

lor agregado muy altos a las partes contratantes. Por ejemplo, en algunos productos de acero, Estados Unidos permitiría acceso sólo si han sido fabricados con materia prima estadounidense. Dado que las exportaciones centroamericanas a Estados Unidos representan una porción muy pequeña de la producción de acero de este país, la petición es incomprensible.

A Costa Rica, Estados Unidos le pide abrir a la competencia el monopolio estatal de las telecomunicaciones. Esto ha sido un tema muy debatido en aquel país. A pesar de la conveniencia de esa medida, el actual presidente, cuando era candidato, declaró, en forma ambigua, que no apoyaría la medida. Esto debiera ser respetado por los negociadores de países democráticos como Estados Unidos. Los gobiernos de Centroamérica podrían haber solicitado reglas de mercado para los flujos laborales, aunque es un tema controvertido en Estados Unidos. Así, pues, a pesar del carácter que el gobierno estadounidense imprime a las políticas de mercado, los negociadores centroamericanos no presionaron, a mí parecer por error, para eliminar las restricciones del mercado laboral internacional.

Es importante que la opinión pública estadounidense sepa que Estados Unidos no está ofreciendo mucha *cooperación económica* a los países centroamericanos. En algunas partes de la región se ha hablado de unos 7 mil millones de dólares, para los próximos cinco años. Dicha suma sería importante para compensar las pérdidas ocasionadas por la apertura de las fronteras a las importaciones estadounidenses. Esa ayuda sería invertida en capacitación laboral, en infraestructura de transporte y en la modernización de las aduanas y las capacidades administrativas locales, en el ámbito comercial. También se necesita cooperación para reforzar la legislación laboral y ambiental, a corto plazo.

2. CAFTA, democracia y desarrollo

Por esta y otras razones, el gobierno estadounidense haría bien en revisar las negociaciones de *CAFTA*. Pareciera que mediante este tratado, algunos miembros del gobierno estadounidense están tratando de influenciar el modelo de desarrollo centroamericano, para llevarlo más allá de lo esperado, al compartir demasiados valores. El respeto mutuo debe caracterizar las relaciones internacionales en estos días. No parece apropiado, al menos en la era de la postguerra fría, que a algunos países se les siga dictando la forma cómo deben conducir su economía. Somos países democráticos

y en ese sistema político, los temas ideológicos deberían ser tratados entre nosotros. Por ejemplo, si queremos proteger a nuestra pequeña y mediana industria agrícola de las importaciones extranjeras, a menudo no muy subsidiadas, tenemos que decidir, tal como lo hacen los propios estadounidenses con su sector agrícola. Si quisiéramos que algunas empresas de servicio sean propiedad del sector público, también debería ser asunto de nuestra elección.

Si bien existe gran interés en el tratado de libre comercio, queremos asegurarnos de que éste no sea un obstáculo para nuestro constante deseo de fortalecer nuestra libertad y, sobre todo, de nuestra libertad para elegir nuestro camino hacia el desarrollo. No queremos creer que para el gobierno estadounidense, el libre comercio tiene mucho más valor que la libre elección. Después de todo, la democracia es encontrar mecanismos para dejar que la gente libre decida libremente, el tipo de país que desea tener. Ese es el sistema que derrumbó el muro de Berlín y que apoyamos de forma decidida. Para estar con —y no contra— la historia, con la larga marcha de la humanidad hacia la libertad, las relaciones internacionales deben tener como punto de partida el respeto a la forma en que los países democráticos desean organizar su economía y su sociedad.

Se podría argumentar que somos libres de unirnos o no al tratado. Esto es verdad. Sin embargo, el mercado estadounidense es extremadamente importante para quedarnos afuera, lo cual tendría un efecto negativo en el crecimiento económico. A través del tiempo, Estados Unidos ha tenido un sentido de solidaridad propio, y desde el período colonial ha entendido que nadie está solo, que nos necesitamos y apreciamos mutuamente. Esperamos, en consecuencia, que Estados Unidos no esté usando nuestro interés en el tratado para promover su ideología o su agenda económica, sin preocuparse de nuestras necesidades de desarrollo.

En este nuevo milenio, esperamos que las potencias sean conscientes de la poca visión de los viejos imperios, cuando usaban toda la fuerza para imponer su voluntad a los otros y cuando sólo pensaban en su propio beneficio. Si en la negociación están ausentes la solidaridad y el aprecio, tal vez fuera mejor tomarse más tiempo para definir el propio interés y permitir que los gobiernos centroamericanos obtengan un consenso aceptable para sus respectivas poblaciones. Compartimos muchos valores con Estados Unidos. Creemos en la democracia, en el respeto de los derechos humanos, en la libertad de prensa, en la empresa privada, en un



poder judicial independiente, en el acceso universal a la educación, la salud y a otros servicios orientados al bienestar y en el trabajo ético. También compartimos las preocupaciones estadounidenses y apoyamos su lucha contra el tráfico y el consumo de drogas, el lavado de dinero, la corrupción, el terrorismo y las dictaduras.

Estados Unidos invirtió en vidas humanas, dinero y prestigio en Centroamérica, cuando el torbellino político, ideológico y militar se apoderó de la región hace sólo dos décadas. Las raíces que causaron estos problemas, el estancamiento económico y la pobreza, todavía persisten. A diferencia de la guerra, ninguna de las dos ha sido eliminada. Un tratado de libre comercio, orientado al desarrollo, nos beneficiaría y, por lo tanto, podría ser muy provechoso para los pueblos centroamericanos y también servir los objetivos estratégicos de Estados Unidos. De hecho, sería una tragedia para todos, si los negociadores estadounidenses cumplen sus amenazas y dejan a algunos países fuera del tratado, al mismo tiempo que suprimen las concesiones comerciales del tiempo de la guerra fría, sólo porque esos países desean proteger a sus agricultores de la competencia de productos extranjeros subsidiados, mantener como propiedad pública una cuantas actividades económicas o abrir espacio a las empresas locales y promover algún tipo de desarrollo tecnológico autóctono. Las negociaciones todavía no han concluido. De las nueve rondas planificadas, dos están aún pendientes. Por lo tanto, hay mucho tiempo para que el CAFTA llegue a ser un punto crítico en la historia del desarrollo democrático, en vez de una oportunidad perdida.

OTTÓN SOLÍS
Economista, ex Ministro de Planificación,
ex diputado y ex candidato a la
presidencia de Costa Rica.